

Isaiah Berlin

**KARL MARX**

Quinta edición

Editado por Henry Hardy

Prólogo de Alan Ryan

Postfacio y guía para seguir leyendo  
de Terrell Carver

Preparación de la quinta edición en español  
de Ángel Rivero (y traducción del prefacio a esta edición,  
del postfacio y de la guía de lectura)

Traducción de Roberto Bixio

Alianza Editorial

Título original: *Karl Marx*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Thornton Butterworth, 1939. Segunda, tercera y cuartas ediciones publicadas por Oxford University Press, 1948, 1963, 1978.

Quinta edición publicada por Princeton University Press, 2013.

Para más información sobre Isaiah Berlin visitar: <https://isaiah-berlin.wolfson.ox.ac.uk/>

Primera edición: 1973

Quinta edición: 2018

Segunda reimpresión: 2021

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Isaiah Berlin 1939, 1948, 1963

© Isaiah Berlin 1978

© The Isaiah Berlin Literary Trust and Henry Hardy 2013

Foreword © Alan Ryan 1995, 2013

Afterword © Terrer Carver 2007, 2013

Guide to Further Reading © Terrer Carver 1978, 1995, 2013

Editorial matter © Henry Hardy 2013

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973, 2000, 2018, 2019, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9181-138-1

Depósito legal: M. 9.269-2018

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

A la memoria de Marie y Mendel Berlin



# ÍNDICE

PREFACIO DEL EDITOR A LA QUINTA EDICIÓN .....	11
PRÓLOGO, por Alan Ryan .....	19
PREFACIO A LA CUARTA EDICIÓN .....	29
NOTA A LA TERCERA EDICIÓN .....	33
NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN.....	35
1. INTRODUCCIÓN .....	39
2. INFANCIA Y ADOLESCENCIA.....	59
3. LA FILOSOFÍA DEL «ESPÍRITU».....	71
4. LOS JÓVENES HEGELIANOS .....	95
5. PARÍS .....	113
6. EL MATERIALISMO HISTÓRICO .....	149
7. 1848.....	185
8. EXILIO EN LONDRES: LA PRIMERA FASE.....	203
9. LA INTERNACIONAL.....	239

10. «EL DOCTOR TERROR ROJO».....	255
11. LOS ÚLTIMOS AÑOS.....	283
POSTFACIO, por Terrell Carver.....	301
GUÍA PARA SEGUIR LEYENDO, por Terrell Carver.....	325
ÍNDICE ANALÍTICO.....	329

## PREFACIO DEL EDITOR A LA QUINTA EDICIÓN

La capacidad admirable del autor para traducir muchos conceptos del marxismo abstrusos y oscuros a un lenguaje cristalino, y su virtuosismo al mostrar las conexiones entre personajes, caracteres y actitudes, por un lado; y cuestiones doctrinales, por otro, no tienen parangón en la bibliografía existente.

Leszek Kolakowski<sup>1</sup>

### *I*

La biografía intelectual de Karl Marx escrita por Isaiah Berlin, publicada por primera vez en 1939, goza desde hace mucho tiempo de reconocimiento como una de las mejores síntesis de la vida y del pensamiento de un hombre cuyas doctrinas describe el autor en las palabras finales del libro como «la más poderosa de las fuerzas intelectuales que hoy transforman de manera irrevocable la forma en la que los hombres piensan y actúan». Gracias a esa cualidad tan celebrada que Berlin tenía para empatizar con aquellos cuyas opiniones no compartía, nos introduce en el pensamiento de su sujeto y nos muestra su punto de vista desde dentro<sup>2</sup>: sin jerga, y sin la oscuridad de buena parte de la prosa de Marx, nos presenta y nos explica sus ideas, su genealogía y su poder.

<sup>1</sup> Elogio a la cuarta edición, 1978.

<sup>2</sup> Este talento ventrílocuo de Berlin dejó algo confusos a sus lectores, y no sería la única vez, respecto a dónde terminaba la exposición de las opiniones de su sujeto y dónde empezaba la expresión de las suyas propias. El 29 de octubre de 1939, poco

Aquellos que escribieron las reseñas de la primera edición repararon inmediatamente en las virtudes del libro. Richard Charques, el historiador de Rusia, lo calificó de «modelo de claridad objetiva»<sup>3</sup>. El historiador británico A.L. Rowse escribió: «La actitud de Berlin hacia su tema es ejemplar, y desde luego es la mejor introducción de conjunto que tenemos... El gran mérito del libro es su ausencia de *parti pris* y su enfoque completamente imparcial y objetivo. El resultado es que Marx se hace inteligible, como persona y como pensador, sin caer en adulaciones inmerecidas»<sup>4</sup>.

Más de cuarenta años después, el veredicto se mantiene inmutable, como lo testifica el comentario antes reseñado de Leszek Kolakowski (uno de los mayores expertos en Marx y marxismo del siglo xx). Además, como explican Alan Ryan y Terrell Carver en los ensayos incluidos en esta nueva edición (la primera en treinta y cinco años), la exposición de Berlin sigue transmitiendo frescura y es convincente todavía hoy, y resulta notable que no se haya visto afectada por la producción torrencial de bibliografía sobre Marx aparecida desde su primera edición—esto, sin duda, tiene algo que ver con la imparcialidad resaltada por quienes escribieron las primeras reseñas de la misma.

## II

De modo que el libro sigue muy vivo y no muestra síntomas de que haya sido superado como una de las introducciones mejor conseguidas a un tema de importancia crucial, pero de dificultad obvia. Sin embargo, incluso después de la aparición de cuatro ediciones preparadas por el autor

después de que el libro fuera publicado, Mary Fisher, amiga de Berlin, escribió a su íntima Flora Russell: «¿Te he contado que el domingo pasado Corinne y yo nos encontramos con el señor y la señora Berlin, père et mère? La señora B. nos confesó que todos los fines de semana el señor B. le lee en voz alta el libro y que a cada rato le interrumpe para decir “¿Eso lo dice Marx o Shaya [forma familiar de “Isaiah”]? Y que él la tranquiliza con “No, no. Es Marx, no es Shaya”».

<sup>3</sup> R.D. Charques, «In the name of Marx» (En nombre de Marx), *The Times Literary Supplement*, 7 de octubre de 1939, 570. También escribió: «nos hubiera complacido que al señor Berlin le gustaran las frases más cortas, pero, por otra parte, su estilo, elaborado y preciso, casi del siglo de oro, no carece de encanto».

<sup>4</sup> *Political Quarterly* 11, n.º 1 (Enero de 1940), 127-30, p. 128.

en un tiempo que abarca más de cuarenta años, persistían algunos problemas en el texto que no eran insignificantes y que se hacía necesario resolver. Para explicar esto preciso de un breve excursus autobiográfico.

La edición anterior del libro apareció en 1978. Yo era el editor de Oxford University Press, responsable de la supervisión con vistas a la publicación del libro corregido, mientras al mismo tiempo editaba (pero no para OUP) las cuatro antologías de ensayos de Berlin que serían publicadas originalmente bajo el título *Selected Writings* (Obras escogidas), que daban inicio al trabajo que aún continuo haciendo con sus textos. No me correspondía a mí, en aquel tiempo, prestar a *Karl Marx* la atención que toda su obra merecía para convertir, en frase tan suya como injusta con él mismo, «lo que eran meras *belles-lettres* en textos académicos»<sup>5</sup>. Pero sabía, por la experiencia que tenía con sus otros textos, que la necesidad de edición existía, y entonces pensé que este texto también merecía ser tratado con el mismo espíritu. Las citas carecían de referencias, a veces estaban mal atribuidas y en ocasiones incluso ocurrían cosas peores, empezando por el párrafo de Joseph Butler que abre el libro, que tenía al menos tres errores en veintitrés palabras. La puntuación era a veces errática y había muchos fallos menores de forma y contenido que habían sido vertidos por anteriores editores y que pedían ser borrados.

No quiero exagerar: este sigue siendo el mismo libro, pero los defectos que he mencionado son cualquier cosa menos triviales. Permítanme que les muestre un ejemplo (ciertamente extremo) que revela lo poco fiable que podía ser Berlin en sus maneras como investigador. Aunque esta falta de fiabilidad rara vez diera lugar a que lo que escribía fuera gravemente confuso y sus errores deben considerarse veniales si se tiene en consideración la pobreza comparativa de recursos bibliográficos y tecnológicos con los que trabajaba (por no mencionar los patrones de calidad académica existentes en la década de 1930)<sup>6</sup>. De cualquier ma-

<sup>5</sup> Citado en una carta de Pat Utechin, la secretaria de Berlin, a Henry Hardy, 12 de diciembre de 1997.

<sup>6</sup> Sobre esto, cf. (*mutatis mutandis*) la nota sobre las referencias del siglo XVIII, en mi edición del libro de Berlin *The Roots of Romanticism* (Las raíces del Romanticismo), 2.ª edición (Princeton, 2013), xxv/2.

nera, no puede negarse que (como a los mismos Marx y Engels) a menudo se equivocaba con las citas y (cuando las proporcionaba) las referencias no eran fiables.

En las ediciones anteriores del libro, el párrafo que figura en la página 292 del presente volumen, que comienza con «Este excepcionalismo inglés» se leía como sigue:

En Inglaterra —escribió— la prolongada prosperidad desmoralizó terriblemente a los obreros... la aspiración última de este país —el más burgués de todos— pareció ser la instauración de una aristocracia burguesa y de un proletariado burgués junto a la burguesía... la energía revolucionaria de los trabajadores ingleses se ha diluido... ha de pasar mucho tiempo antes de que se curen de la «contaminación burguesa»... les falta por entero el brío de los viejos cartistas<sup>7</sup>.

Berlin presenta aquí estas líneas como si hubieran sido tomadas del mismo texto (sin especificar identidad, receptor o fecha). En realidad, como puede verse en la página 292, cada una de estas cinco líneas separadas por puntos viene de una carta diferente: tres de Engels a Marx; dos de Marx a Engels, y están separadas unas de otras por más de una década. Hay que reconocer el mérito de Berlin (presumiblemente) al poner juntas estas citas sacándolas de distintas fuentes al ver lo que tenían en común y lo que revelaban; pero hay que criticar también lo que corresponde. Puede que en este caso nada importante se sostenga o se refute por esta falta de aseo académico, pero hay que arreglarlo, aunque solo sea por una cuestión de principios.

### III

Que Princeton University Press tuviera que mecanografiar de nuevo el texto para la impresión de esta quinta edición brindó la oportunidad y el estímulo para abordar el trabajo de corrección y de notas que era tan

<sup>7</sup> KM1 (269/1) 241-2 (página 224 de la edición anterior de Alianza, 2012).

necesario. La publicación de ediciones mejoradas de muchas de las obras que Berlín cita (por no mencionar la gran transformación que ha producido internet en el conocimiento) ha hecho más fácil certificar la fidelidad a los textos originales, algunos de los cuales, curiosamente, primero fueron escritos en inglés, pero tuvieron que ser traducidos por Berlín de las ediciones en otras lenguas, pues eran los únicos disponibles cuando él escribía. Además, la finalización de la edición en lengua inglesa de las *Collected Works* (Obras completas) de Marx y de Engels, disponibles en papel y *online* (véase página 326 *infra*), ha hecho posible la utilización de un único método para referir las citas de estos autores por volumen y por página (por ejemplo CW 20:45)<sup>8</sup>.

Berlín a menudo traduce de forma algo creativa. Allí donde su versión no es irracionalmente infiel, no la he alterado para acomodarla a la de las CW; cuando es fehacientemente errónea o cuando una traducción diferente se ha convertido en referencia aceptada he utilizado, en general, la versión de las CW.

El conocimiento especializado de Terrell Carver de la mayoría de los textos citados por Berlín ha agilizado el proceso de identificación, referencia, cotejo y corrección, y tengo una profunda deuda por su ayuda siempre animosa y eficiente. También estoy en deuda con él por la actualización de su guía para seguir leyendo, y por permitirme incluir, como postfacio, una versión ligeramente revisada del ensayo publicado originalmente con el título «Berlin's Karl Marx» (El Karl Marx de Berlín) en George Crowder y Henry Hardy (eds.), *The One and the Many: Reading Isaiah Berlin* (Nueva York, 2007).

Tengo también una deuda de gratitud con otros colegas e investigadores que me han ayudado en distintas cuestiones específicas: Shlomo Avineri, Al Bertrand, John Callow, Joshua L. Cherniss, Georgina Ed-

<sup>8</sup> Las CW, a pesar de su título, no contienen la totalidad de las obras de Marx y Engels, si bien Berlín no utiliza textos que no figuren en esta edición. (Cualquier intento de distinguir entre obras publicadas y artículos de revistas, etc., se estrella contra el obstáculo de los casos indeterminados. Por eso todos los títulos que aparecen en las CW se dan en cursiva). Además, donde sea posible citaremos las ediciones que proporcionan títulos en español: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/index.htm>

wards, Steffen Gross, Nick Hall, Jürgen Herres, Helen O’Neill, Ulrich Pagel, Tatiana Pozdnyakova, Jürgen Rojahn, Norman Solomon, Simon Toubeau y Josephine von Zitzewitz.

Las notas a pie de página son del editor, salvo allí donde el autor hace un comentario a una nota. Debería resultar evidente cuáles son las notas del autor, pero, para evitar dudas, aquellas notas del editor que van más allá de proporcionar una referencia bibliográfica están colocadas entre corchetes. Las referencias cruzadas a páginas se dan solo por número de página; las que remiten a notas van con la forma «123/4», es decir, página 123, nota 4.

Se han conservado distintos borradores de la primera edición del libro, así como fichas de trabajo, que muestran la evolución de su labor hasta alcanzar la forma publicada. Uno de los factores relevantes fue el límite en el número de palabras establecido por los editores de la colección en la que apareció —la *Home University Library* (Biblioteca Universitaria Doméstica del Conocimiento Moderno)—, que hizo que el texto original de Berlin precisara recortes sustanciales<sup>9</sup>. Cuando ya estaba terminando este proceso de revisión escribió a su amiga Cressida Bonham Carter: «*Tengo* que terminar con K. Marx, del que solo me faltan por cortar 7000 palabras: es un proceso absolutamente odioso, todas las noches sudo sangre restando y ajustando: todas las partes aburridas están ya eliminadas, de modo que le toca el turno a los hechos, hacia los que ahora me siento vengativo y los eliminaré con alegría»<sup>10</sup>.

En vida de Berlin aparecieron tres ediciones más de la obra, aunque los añadidos a la reimpresión de 1960 (preparados en principio para una traducción al alemán de 1959) la califican como nueva edición con mayor propiedad que al texto de 1948, que solo tuvo ligerísimas correc-

<sup>9</sup> En origen, el contrato permitía 50.000 palabras, que fueron ampliadas a 65.000 en 1938 a resultas de las peticiones de Berlin. Al final, escribió 100.000 palabras, que tuvo que recortar hasta alcanzar la extensión publicada de 75.000. Fisher le dijo que «estrujar el libro hasta acomodarlo al formato de la Home University —puesto que el original era mucho más grande, como había suplicado en 1936— “fue el verdadero trabajo del libro”» (IB, carta a Noel Annan, 31 de agosto de 1973).

<sup>10</sup> Carta de 28 de agosto de 1938, en Isaiah Berlin, *Flourishing: Letters 1928-1946*, edición de Henry Hardy (Londres, 2004), 280.

ciones; aunque, ciertamente, el cambio de editorial al pasar de Thornton Butterworth a Oxford University Press ese año la convierten, naturalmente, en una edición nueva. Aquellos lectores interesados en la historia del texto, antes y después de su publicación, están invitados a visitar la *Isaiah Berlin Virtual Library* (Biblioteca Virtual Isaiah Berlin), donde está reunida la información sobre el tema que incluye el texto completo de la primera edición al que se han reincorporado muchos recortes: *vid.* <[http://berlin.wolf.ox.ac.uk/published\\_works/](http://berlin.wolf.ox.ac.uk/published_works/)>.

Berlin dedicó *Karl Marx. Su vida y su entorno*<sup>11</sup>, como el libro se llamaba hasta ahora, a sus padres, Marie y Mendel Berlin, que le dieron la vida y el ambiente en el que se formó. Esta edición está dedicada a su memoria.

Heswall, agosto de 2012  
H.H.

<sup>11</sup> He eliminado el subtítulo de la presente edición. No encaja con un libro dedicado de forma tan amplia a sus ideas, incluso si «entorno» se entiende en sentido intelectual. Un subtítulo posible habría sido «Vida y opiniones».



## PRÓLOGO

*Alan Ryan*

*Karl Marx* fue el primer libro de Isaiah Berlin. Este tenía treinta años recién cumplidos cuando se publicó. Por entonces ya se le conocía en Oxford y en Londres como brillante conversador y como filósofo joven excepcionalmente dotado. Pero en *Karl Marx* reveló por primera vez su talento especial como historiador de las ideas —disciplina desde la cual, a partir de entonces, cautivó la atención de sus lectores. Su talento, como todos los dones de este tipo, es más fácil de admirar y disfrutar que de describir. Sería algo así como una increíble capacidad para hacer justicia tanto al pensador como al pensamiento —era capaz de esbozar un retrato de la personalidad de los hombres y mujeres sobre los que escribía sin olvidar ni por un segundo que si nos interesan es debido a sus ideas y no por sus aventuras matrimoniales o por sus gustos en el vestir, y hacía que el cuadro resultara intenso gracias a que las ideas aparecen con vida propia, pero al tiempo marcadas por los caracteres de los hombres y de las mujeres a quienes pertenecen.

Este talento ha hecho que los ensayos de Berlin sobre grandes ideas o sobre hombres excepcionales sean en buena medida una forma de

arte. Como saben los lectores de sus colecciones de ensayos, *Impresiones personales* —el volumen dedicado a sus encuentros con contemporáneos, discursos conmemorativos y descripciones de la grandeza de los grandes hombres del siglo— tiene un tono y un estilo apenas distinto de sus *Pensadores rusos* o *Contra corriente* —los volúmenes dedicados a la historia de las ideas. Parece que no cambia nada el hecho de que Berlín nunca hablara con Turguénev como habló con Anna Ajmátova, que nunca discutiera de la historia de Florencia con Maquiavelo como discutió sobre la historia de Inglaterra en el siglo XVIII con Lewis Namier. Se ha insinuado que todos los pensadores serios habitan un «colegio invisible» donde tiene lugar una conversación silenciosa entre los vivos y los muertos inmortales, y en el que Platón está tan presente como el último estudiante universitario que se enfrenta a su obra. La prosa de Berlín apunta a algo más vivo y animado que la mayoría de los colegios, quizás una vasta *soirée* en la que los invitados proceden de todas las capas de la sociedad y pertenecen a todas las opciones políticas posibles. Sea cual fuere la metáfora que uno prefiera, resulta que consigue llevar todos sus temas de forma completa y total a la vida.

Con todo, los historiadores de las ideas no son novelistas, ni tampoco biógrafos. Aunque *Karl Marx* lleva el subtítulo «Su vida y su entorno», es la vida de Marx como teórico de la revolución socialista lo que le interesa primordialmente describir, y el entorno que le interesa a Berlín no es tanto el Tréveris de la niñez de Marx o el norte de Londres de sus años de exilio, sino el ambiente político e intelectual frente al cual Marx escribió el *Manifiesto comunista* y *El capital*. Sin embargo, la moraleja de *Karl Marx* ha de tomarse como una observación referida tanto al marxismo como a Marx mismo. En el último párrafo Berlín dice:

[el marxismo] se puso en marcha para refutar la proposición de que las ideas determinan decisivamente el curso de la historia, pero la misma extensión de su influencia sobre los asuntos humanos debilitó la fuerza de su tesis. Pues al alterar la opinión hasta entonces dominante de la relación del individuo con su entorno y con sus semejantes, alteró palpablemente esa relación; y, en consecuencia, constituye la más poderosa de las fuerzas inte-

lectuales que hoy transforma permanentemente los modos en que los hombres obran y piensan.

El marxismo, debido a las actividades de los partidos comunistas que inspiró, se ha convertido en una gigantesca burla filosófica contra el hombre que lo creó. Marx, como teórico, sostuvo que los individuos son juguetes de enormes e impersonales fuerzas sociales. Pero en tanto inspiración de Lenin, Stalin y Mao Tse-Tung, el individuo Marx fue por sí mismo el originador de enormes fuerzas sociales. Afirmó que las ideas son epifenómenos, el reflejo de intereses sociales que disfrazan y racionalizan. Pero sus propias ideas cambiaron el mundo —incluso, lo que no deja de ser irónico, en formas que habría deplorado totalmente. *Karl Marx* ofrece muchos placeres a sus lectores y no es el menor de ellos el cuadro irónico que Berlin pinta de la forma en que su objeto pone en marcha un drama histórico que pondrá en cuestión la obra de toda su vida.

Berlin, desde entonces, no ha dejado de argumentar por extenso contra la doctrina de la inevitabilidad histórica y contra todo intento de hacer «científico» el estudio de la historia privándola de preocupaciones morales o políticas. Marx fue la inspiración más obvia de estas posiciones a partir de los años treinta. Aunque resulta difícil creer que la indignación de Marx contra el orden capitalista estuviera alimentada por otra cosa que un fuerte sentido de la justicia, afirmó con frecuencia que su materialismo histórico superaba cualquier «crítica moralizadora»<sup>1</sup> del orden existente. Engels, a la menor ocasión, decía que Marx había desentrañado la ley del «desarrollo de la historia humana» y la ley «del actual modo de producción capitalista»<sup>2</sup>, las leyes que dictan el colapso inevitable del capitalismo y su sustitución por el socialismo.

Berlin no es el primer crítico, ni será el último, que ha observado que la indiferencia profesada por Marx hacia las consideraciones morales se

<sup>1</sup> Marx, *La crítica moralizante o la moral crítica* (1847), CW 6:318 <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/nov/11.htm>

<sup>2</sup> Engels, *Discurso ante la tumba de Marx* (1883), CW 24: 467-468. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm>

compadece difícilmente con su evidente odio por la injusticia y la crueldad, tan prominentes en los primeros años de la revolución industrial, y que la afirmación de Marx de la caída inminente del orden capitalista es igualmente difícil de compaginar con el sacrificio que Marx realizó de su salud y su felicidad doméstica para promover la causa revolucionaria. Lo distintivo de la reacción de Berlin hacia Marx no es que se sintiera interpelado por tales tensiones e inconsistencias lógicas, sino que dedicara el resto de su carrera intelectual a pensar y escribir acerca de sus orígenes, acerca de las distintas concepciones del mundo, y acerca de los contemporáneos y de los herederos de Marx que también pensaron sobre ellas.

El Marx de Berlin es una figura interesante porque es, en igual gran medida y al mismo tiempo, un producto de la Ilustración y un producto de la reacción romántica contra la Ilustración. Al igual que los materialistas franceses del siglo XVIII, Marx creía en el progreso, creía que la historia es un proceso lineal y no, como pensaba el mundo antiguo, un ciclo repetitivo de crecimiento y declive. Pero también pensaba, al igual que los críticos de la Ilustración como Burke, De Maistre y Hegel, que el cambio social no se ha producido en el pasado, ni se producirá en el futuro, simplemente porque unas personas piensen que sería más razonable comportarse de otra manera. El cambio significativo es resultado de fuerzas violentas e irracionales, y la racionalidad del proceso histórico completo es algo que solo podremos entender después de que pase. Parece que su encuentro con Marx inspiró a Berlin la idea de ocuparse de la anti Ilustración. Desde entonces ha escrito abundantemente sobre los críticos antirracionalistas de los proyectos revolucionario y liberal, tales como Herder, De Maistre y Hamman.

De forma bien parecida, la gente que Marx despreció durante su carrera fueron objeto, posteriormente, de particular interés por parte de Berlin. Moses Hess fue la primera persona que apreció la formidable energía e inteligencia de Marx, pero el epíteto más cordial que dedicó Marx a Hess fue «el burro de Moses Hess»<sup>3</sup>. Berlin estaba intrigado por

<sup>3</sup> Marx a Engels, 15 de mayo de 1847, 25 de enero de 1865, CW 38: 117, 42: 66 [Cf. Engels a Marx, 14 de enero de 1848, CW 38: 153, donde Engels se refiere a Hess como «el burro».]

el hecho de que Hess vio algo que Marx rehusó ver sistemáticamente —que la condición de los judíos en la Europa moderna era imposible de resolver mediante la receta liberal de la asimilación— y se convirtió así en uno de los fundadores del sionismo benigno, liberal, sobre el que Berlin ha escrito tan elocuentemente.

De nuevo, Marx despreció a su contemporáneo y rival, el anarquista ruso Mijaíl Bakunin, y casi hasta el final de sus días consideró Rusia como la patria del atraso y la represión. La idea de que pudiera haber una ruta hacia la libertad y la democracia igualmente apropiada para la *rusicidad* del pueblo ruso como para el común de la humanidad era algo que a duras penas le cabía en la cabeza. En parte, el problema radicaba en que Marx detestaba lo que creía el carácter eslavo, pero también en que despreciaba todos aquellos sentimientos de nacionalidad que no promovieran de forma más o menos directa el avance del socialismo. En los años cincuenta, Berlin descubrió a los lectores ingleses y americanos la riqueza del populismo y del liberalismo rusos del siglo XIX, representados por las figuras de Herzen, Belinsky y Turguénev, y explicó algo que necesitamos recordar hoy más que nunca: que el nacionalismo puede ser, como ha sido, tanto un aliado del liberalismo como expresión de lealtades atávicas e irracionales sin las que estaríamos mucho mejor.

Hace ya cincuenta y seis años de la publicación de la primera edición de *Karl Marx*, y han sido años muy agitados. El libro fue a imprenta pocos meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Tras la guerra pasaron cuarenta años de Guerra Fría, seguidos de una paz incierta en la que las hostilidades entre los dos grandes campos ideológicos dieron paso a una tibia amistad entre las grandes superpotencias y a un continuo conflicto étnico y nacionalista de baja intensidad en los Balcanes, en Transcaucasia y en buena parte de África.

Este libro se publicó en Londres cuando Gran Bretaña entró en guerra con la Alemania nazi —una guerra que proporcionó a Berlin una deslumbrante carrera en la Embajada británica en Washington. Reapareció en ediciones sucesivas en un mundo bien distinto. La segunda edición se publicó al poco de terminar la guerra. Para entonces la Guerra Fría se había consolidado y la interpretación soviética del marxismo

seguía tan inflexible como en el pasado. Nada había en las obras de los apologetas del régimen soviético que hiciera pensar que el énfasis de Berlin en la rigidez determinista de la visión de Marx de la historia fuera excesivo, y tampoco había nada que hiciera pensar que el materialismo de Marx pudiera ser menos extremo de lo que sus discípulos habían sugerido.

Para cuando apareció la tercera edición, en 1963, el discurso de Nikita Jrushchov en el Vigésimo Congreso del Partido, en 1956, ya había destapado el estalinismo ante un público ruso. La Revolución Húngara había desilusionado a los comunistas británicos y había forzado a los partidos comunistas de Francia e Italia, mucho más grandes y robustos, a replantearse sus alianzas políticas e intelectuales. Fue entonces cuando se descubrió (o habría que decir mejor, se inventó) un nuevo «humanismo» marxista. El *rapprochement* entre los católicos de izquierdas y los marxistas sofisticados, filosóficamente, fue uno de los rasgos más llamativos de los últimos años de la década de los cincuenta y de la década de los sesenta. La opinión de que el marxismo es esencialmente una fe religiosa empezó a verse como un cumplido y no como una denuncia. Uno de los frutos de este movimiento fue la «teología de la liberación», un fenómeno que, sin duda, habría sido atacado por el propio Marx. Otro fue la idea de que, en cualquier caso, el joven Marx fue un crítico moral mucho más sutil e interesante de la sociedad capitalista de lo que se había pensado.

Una cuarta edición de *Karl Marx* apareció en 1978. A pesar de los cuarenta años, había envejecido bastante bien. Sin embargo, en los veinte años anteriores se había producido una avalancha de trabajos por parte de escritores de las dos orillas del Atlántico que forzaba a cualquier autor a reconsiderar las opiniones precedentes. Buena parte de estos estudios eran rigurosos e imparciales. Aunque muchos de estos intérpretes modernos de Marx todavía lo admiraban como azote del capitalismo, muchos otros estaban motivados por el desafío que planteaba saber exactamente qué buscaba Marx. A medida que surgía el Marx menos trivial y más simpático, más difícil resultaba dar cuenta clara y detallada de su pensamiento. ¿Había un Marx o dos? ¿Había cambiado en 1846, pasando de ser un joven hegeliano, humanista, a un

antihumanista científico, como afirmaba Louis Althusser? ¿O era más bien un crítico cultural, un analista social preocupado por el estado alienado del alma humana en el capitalismo? La popularidad de libros como los de Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional* y *Eros y civilización*, atestigua la rica veta de crítica social que puede excavarre reconciliando, de alguna manera, a Marx y a Freud.

La avalancha de literatura académica de los años sesenta y setenta revela algo que el lector puede adivinar en la exuberancia de la descripción de Berlin, pero que no se enfatiza mucho en *Karl Marx*. Marx ofrece, al lector medio proclive, muchas seducciones —Marx, en tanto lector voraz y crítico brutal, que opera mediante el contraste de sus ideas con las de sus predecesores y oponentes, despierta la curiosidad del lector moderno por la economía del siglo XIX, por la filosofía alemana, por la historia antigua, por el submundo revolucionario francés y por muchas otras cosas. Esto tiene sus peligros. Del mismo modo que Marx fue incapaz, de manera creciente, de terminar ninguno de los trabajos que inició debido a su deseo de leer todo lo que se había escrito sobre la materia, los estudiantes de Marx pueden acabar intentando leer todo lo que Marx leyó, así como todo lo que escribió.

Sin embargo, el atractivo es innegable. El mundo intelectual que habitó Marx está a la suficiente distancia como para ser un poco extraño, pero está lo suficientemente cerca como para ofrecernos la esperanza de entenderlo. Nos presenta un desafío, pero no irreducible oscuridad. No puede decirse que el nuevo clima de investigación produjera un particular consenso sobre los logros de Marx o sobre lo que aspiraba lograr, pero significó, tras muchos años, que se le concediera el tipo de respeto desapasionado y científico que otras figuras menos polémicas siempre han recibido. Singularmente, quizás, esta avalancha de trabajos nuevos sobre Marx ponían bien poco en cuestión la descripción de Berlin.

Berlin reconoció en 1963 que había un cambio en su comprensión de Marx, y en el de la comunidad investigadora, que había incorporado en las revisiones que había hecho del libro. La amplia circulación de los *Manuscritos de economía y filosofía* de Marx, por una parte, y la aparentemente infinita prosperidad de Estados Unidos y Europa occidental de